

CUARESMA 2012

Con el miércoles de ceniza comienza la cuaresma. Para comprender el significado de este período es preciso examinar las diferencias existentes entre la liturgia pre-conciliar y la post-conciliar. Antes de la reforma litúrgica, la imposición de la ceniza se acompañaba de las palabras “Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás”, conforme a la maldición pronunciada por el Señor al hombre pecador contenida en el Libro del Génesis (Gen 3,19). Y con esta lúgubre advertencia daba comienzo un periodo caracterizado por la penitencia, los sacrificios y mortificaciones.

Hoy día, en el momento de la imposición de la ceniza se hace uso de la invitación evangélica “Conviértete y cree en el evangelio”, las primeras palabras que salen de la boca de Jesús en el evangelio de Marcos (Mc 1,15). Una exhortación a cambiar de vida, orientando la existencia hacia el bien del otro y hacia la adhesión a la buena noticia de Jesús. El hombre no es polvo y no volverá al polvo, sino que es hijo de Dios, y por esto goza de una vida que tiene tal fortaleza que es eterna, o sea, indestructible, y por esto es capaz de superar la muerte.

En estas dos visiones teológicas divergentes está el significado de la cuaresma. En su enseñanza, Jesús nunca invitó a hacer penitencia, a mortificarse, y mucho menos a hacer sacrificios. Es más, dijo todo lo contrario: “Misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 12,7). Los sacrificios centran al ser humano en torno a sí mismo, le hacen pensar en su propia perfección espiritual; la misericordia, en cambio, le orienta al bien del hermano. Sacrificios, penitencias, mortificaciones, de hecho no hacen más que volcar al hombre sobre sí mismo, y no hay nada más peligroso y letal que esta conducta.

Pablo de Tarso, que, siendo un fanático fariseo, era un defensor convencido de estas prácticas, una vez que conoció a Jesús, llegará a escribir en la Carta a los Colosenses: “Por tanto, nadie os juzgue en asuntos de comida o de bebida, o respecto a días de fiesta, lunas nuevas o sábados. Siendo que vuestra muerte con Cristo os separó de los principios elementales del mundo, ¿por qué, como si aún vivieseis en el mundo, os sometéis a ordenanzas como: "No uses, ni gustes, ni toques"? Tales cosas son destinadas a perecer con el uso, pues son según los mandamientos y las doctrinas de hombres. De hecho, semejantes prácticas tienen reputación de ser sabias en una cierta religiosidad, en la humillación y en el duro trato del cuerpo; pero no tienen ningún valor ” (Col 2,16.20-23).

Pablo había comprendido muy bien que estas prácticas centran al hombre alrededor de sí mismo, le hacen pensar en una perfección espiritual del todo imposible, tan lejana e inalcanzable como grande es la propia ambición. Por esto, Jesús invita en cambio al don de sí, inmediato y concreto, tan grande como es nuestra capacidad de amar.

La cuaresma no se orienta hacia el viernes santo, sino hacia la Pascua de resurrección. Por esto, no es tiempo de mortificación, sino de vivificación. Se trata de descubrir formas nuevas, inéditas, de perdón, de generosidad y de servicio, que eleven la cualidad del amor que vivimos para ponerlo en sintonía con el de Aquél que vive, y experimentar de ese modo la Pascua como plenitud de la vida de Cristo y propia.

Por este motivo, hoy tenemos la imposición de la ceniza. Es una práctica que se remonta a la costumbre de los agricultores que conservaban durante todo el invierno las cenizas del fuego, para esparcirlas por el terreno hacia el final del invierno, como factor revitalizador para dar nueva energía a la tierra. Este es el significado de la ceniza: la acogida de la buena noticia de Jesús (“Convertíos y creed en el evangelio”), es el elemento vital que vivifica nuestra existencia, nos hace descubrir nuevas formas originales de amor, y hace que florezcan todas aquellas capacidades de donación que están latentes en nosotros y que aguardaban solo el momento propicio para salir a flote.